

El libro del trimestre

Gabino Izquierdo

Entre el fragor y el desconcierto.

Economía, ética y empresa en la era de la globalización.

Minerva Ediciones. Madrid, 2000.

Juan Ramón Calo

Miembro del Instituto E. Mounier

Gabino Izquierdo es un viejo amigo del Instituto Emmanuel Mounier y de la revista ACONTECIMIENTO, de la que fue director. Para nosotros escribió un Cuaderno de Formación, *Una economía al servicio de la persona*. Los mismos intereses de entonces, que tan bien se expresan en el título del cuaderno, guían sus reflexiones hoy.

Entre el fragor y el desconcierto es una reflexión sobre ese fenómeno que hemos dado en llamar globalización, marco en el que se estudia la financiarización de la economía, la Unión Europea, la solidaridad necesaria para afrontar los retos de nuestro tiempo y, lo que no es nada habitual, su repercusión en la gran empresa, terminando con un exhaustivo análisis de la profesión de economista. Sus páginas revelan tres características del autor: en primer lugar, su capacidad para describir rigurosamente los fenómenos que analiza, clarificando las tramas que, a menudo, nublan nuestra percepción cuando no estamos familiarizados con el objeto de estudio de una ciencia como, en este caso, la economía. A esa capacidad pedagógica se añade la explicación de las causas y efectos de los fenómenos de los que se ocupa. Argumentando con pulcritud y rigor, pone su reflexión al servicio de la razón, en la que confía, aunque no es ni mucho menos un iluso —«en el momento de máxima generalización de la razón, se pierde su control y surgen nuevas y múltiples formas de irracionalidad»... «O lo que es lo mismo, cuando la razón se extrema, deviene locura»—. Rechaza los ejercicios de voluntarismo, «muy valiosos en el plano personal, pero probablemente poco efectivos en el plano social», y advierte de la necesidad de hacer frente a los problemas desde el estudio

serio de los mismos. En tercer lugar, esa razón que lo guía es una razón cordial que explora la realidad buscando en ella, y descubriendo, razones para la esperanza. Como en el prólogo escribe Adela Cortina, «sólo el análisis atento y sosegado de lo que pasa, con la convicción de que puede ser de otra manera y de que debe serlo, si no está a la altura de lo que merecen los seres humanos, constituye el verdadero motor del progreso». En definitiva, es éste el libro de un explorador que nos facilita la tarea de pensar y dialogar sobre las realidades económicas de un mundo, el nuestro, que demasiadas veces se nos presenta como una tierra desconocida: imprescindible para que la acción sobre el mismo no sea ineficaz, por irreal. Pues bien, vamos a su contenido.

No recuerdo si era Bob Dylan quien cantaba «Algo pasa y usted no sabe lo que es, ¿verdad, mister Jones?» Fuera quien fuese, lo cierto es que a los seres humanos, necesitados como estamos de sentido y orientación, nos es imprescindible interpretar la realidad en la que vivimos para saber a qué atenernos, para ser capaces de descubrir qué pasa. Aquí sitúa el autor sus reflexiones: preocupado por los efectos de la globalización, quiere «contribuir al mejor conocimiento de unos procesos que parecen fundamentales, pero que no sabemos ni a qué responden ni, sobre todo, a dónde nos conducen».

El examen de las contradicciones que provoca el proceso de globalización le hace considerar que sus efectos negativos sólo son superables a través de «un mayor control político y una más intensa coordinación internacional», mediante «la construcción de un ordenamiento democrático internacional para regular, encauzar y civilizar el pro-

ceso civilizador», así que «no debería tacharse de puro utopismo la esperanza de que la globalización acabe abriendo las puertas a la culminación del gran ideal ilustrado: ese ideal cosmopolita que Kant denominó “la paz universal”».

El análisis de uno de los aspectos más problemáticos de la globalización, «la expansión de los movimientos internacionales de capitales que imprimen carácter en el conjunto de la actividad financiera, favorecen la especulación y propician la corrupción», le lleva a reclamar de nuevo mecanismos de control internacional, porque «cuando el desarrollo libre y desbocado del capitalismo sobrepasa un determinado nivel y se emancipa exageradamente del control de la sociedad, acaba mercantilizando todos los ámbitos de la existencia, sometiendo unilateralmente a la sociedad a la gélida lógica exclusiva del mercado».

El «desorden, riesgo y desigualdad» que genera la globalización —«pocos fenómenos resultan más evidentes en nuestro mundo que el abismal crecimiento de las desigualdades, el ensanchamiento de la distancia económica entre pobres y ricos, tanto en el interior de casi todas las naciones como, sobre todo, en el contexto mundial»— exigen una respuesta no sólo técnica y política sino también moral. En este sentido propugna una solidaridad global, «aunque sólo sea por el interés material de los países ricos en evitar que esos problemas acaben incidiendo directamente en sus vidas», una solidaridad basada en el «cálculo racional» y el «interés» porque «es la que más fácilmente puede ser asumible por sectores mayoritarios de nuestras sociedades». La extensión de la conciencia de una solidaridad «necesaria» e «interesada» considera que puede facilitar la realización de la cooperación entre todos los pueblos. Además «me parece prioritaria y urgente la labor de extensión de la conciencia acerca de cómo nos afectan los problemas derivados de la pobreza insoportable de la mayoría de la población mundial y de cómo frente a ellos, sólo cabe la solución de la cooperación, aunque sólo sea por nuestro propio interés. Si no somos capaces de mayores dosis de humanidad, sí deberíamos serlo de más sentido común». En esa falta de conciencia ve «el mayor obstáculo para el correcto afrontamiento de los mayores problemas de nuestro tiempo».

En este contexto de mundialización de la economía y sus problemas, entiende el proceso de

integración europea como una posibilidad para avanzar en ese proyecto de cooperación internacional, apuntando «hacia el horizonte del Estado Federal europeo»: «la más clara y esperanzadora fórmula para afrontar a nivel supranacional los abrumadores problemas de nuestro tiempo... única posibilidad concreta de que dispone Europa para posicionarse adecuadamente en el globalizado contexto que la enmarca y condiciona... y no sólo desde un punto de vista geo-político, sino también desde el punto de vista de los “intereses populares”: una Europa unida es la mejor posibilidad... de someter en lo posible la economía a los dictados de la política, es decir, a los dictados de la voluntad y de la razón».

Los problemas que genera la globalización se reflejan en la vida de la gran empresa —«el proceso de globalización... está permitiendo a las empresas, cada vez más, influir y condicionar en su propio beneficio a los Estados, poniendo en sus manos un poder tan grande que las hace plenamente capaces de atentar no sólo contra las bases del llamado Estado de Bienestar sino, incluso, contra los propios fundamentos del sistema democrático»—, pero entiende que alguna de las transformaciones que el proceso está generando pueden acercar la vida de la empresa a comportamientos moralmente más adecuados y cultural y políticamente favorecedores de la democracia, «no tanto debido al talante democrático de algunos empresarios o a una especial filantropía, cuanto a la búsqueda inteligente del beneficio desde una perspectiva de largo plazo».

Termina con un análisis de la profesión «quizás más frontalmente interpelada por las nuevas realidades»: la de economista. E irónicamente advierte que es una «profesión sólo capaz de interpretar el pasado, pero no de entender el presente y mucho menos de prever adecuadamente el futuro».

Desde luego, si se acepta que sólo un conocimiento suficiente de las estructuras económicas que condicionan nuestras vidas puede ayudarnos a entender y transformar nuestro mundo, este excelente libro de Gabino Izquierdo nos resultará necesario. Sensato es, también, que dialoguemos sobre las cuestiones que suscita. Así que, por último, quisiera aventurar algunas consideraciones.

Gabino Izquierdo se sitúa en «la izquierda posibilista» y como a la pretensión reformadora une la integridad personal no sólo no encuentro objeción alguna que pueda hacersele, sino que

su posición me parece «revolucionaria» hoy, cuando nos encontramos con gentes que o han enmudecido o que, instaladas en las grandes palabras, viven como rajás.

Considera que «la economía mundial se encuentra en una prácticamente permanente situación de emergencia», luego se requieren *soluciones técnicas*, porque se producen «contradicciones crecientes que acabarían por socavar los cimientos mismos de un sistema que dejado a su dinámica natural, sería eminentemente autodestructivo». Pero puesto que la globalización, en la forma en que se está produciendo, genera problemas económicos —«incluso en sus repercusiones económico-financieras atenta contra el espíritu de empresa en su sentido más genuino»—, pero también en otros ámbitos, incluso creando modelos, ideales de vida —«en el marco de una incuestionable atracción popular por el dinero fácil las sociedades desarrolladas han gestado una nueva cultura, una nueva mitología y un nuevo modelo a imitar, un nuevo tipo de “héroe”: el avisado hombre de negocios»—, reclama *soluciones de orden moral y político*.

Insinuadas las respuestas políticas, hace hincapié en las de orden moral, defendiendo la necesidad de una respuesta solidaria «interesada», se trata «de justificar el interés económico de la solidaridad» porque, desde la perspectiva del posibilismo, *quiere ser eficaz* y cree que a nuestros conciudadanos no se les puede pedir más: dado que a la fuerza ahorcan, hagamos de la necesidad virtud.

Pues bien, me parece que la noción de eficacia que maneja le lleva a ofrecer una solución técnica para un problema moral, saltando de un ámbito a otro: «la pobreza del mundo pobre está generando *distorsiones* en el sistema económico internacional», y desde luego deben ser solucionadas, pero lo que no parece es que su solución lleve consigo la solución de los problemas morales. *Su confianza en la razón se frena en el ámbito moral*, llegando a considerar que la responsabilidad moral *deseable* sería «por su propio carácter *inexplicable*: porque nace, ante todo de un sentimiento». Igualmente entiendo que antes que una *respuesta solidaria* hay que plantear una *respuesta justa*, y me parece que Gabino Izquierdo es consciente porque le cuesta trabajo decantarse por esa solidaridad «interesada», reconociendo que «—*en no escasa medida*, aunque ciertamente no de forma exclusiva— nues-

tro bienestar de ciudadanos acomodados descansa en un innegable expolio histórico al mundo pobre», es decir, en una injusticia.

Por otra parte, la noción de eficacia puesta en juego, más que ayudar a desbrozar el camino, introduce una dificultad más, si de lo que se trata es de que nuestras sociedades occidentales reconozcan que el ser humano tiene dignidad y no precio, mercantilizando la solución de los problemas morales en busca de la mayor rentabilidad.

Es verdad que mayoritariamente buscamos realizar nuestros intereses, pero también es verdad que no reducimos la justicia a esa búsqueda egoísta. Me parece que rebajando el nivel que en teoría han alcanzado nuestras sociedades no se realiza esa tarea pedagógica que el autor reclama: «la labor política de talante eminentemente pedagógico de la que depende en medida decisiva no sólo la superación de los aspectos más sangrantes de la infamante miseria de la mayoría de la población de nuestro mundo, sino también la posibilidad de avance hacia un orden económico internacional *más justo*, —escribe— más equitativo y, por ello, más estable y positivo para todos».

También es cierto que no se trata de saber qué es lo bueno, sino de que lo bueno acontezca, como decía Aristóteles, pero las posibilidades de que lo bueno se «materialice» también dependen de las razones que aduzcamos.

La falta de conciencia de nuestras sociedades, en la que ve «el mayor obstáculo para el correcto afrontamiento de los mayores problemas de nuestro tiempo», no estriba en la no asunción por parte de esas sociedades del principio por el que parece regirse la solidaridad «interesada» que se propugna: debo ser solidario porque me interesa. Lo que no se capta, y en ese sentido sería un déficit de conciencia gnoseológica, son «las verdaderas consecuencias de nuestros actos». Así que el verdadero problema, la deficiencia de nuestra conciencia, como bien sabe el autor de las páginas que comento, se encuentra en el no reconocimiento de que hay una realidad, el ser humano, que no tiene precio sino valor absoluto, al margen de nuestros intereses. En fin, esta crítica a esa solidaridad que, como dice Gabino Izquierdo, «no respondería ya a razones puramente morales», que no sería «la solidaridad auténtica», no resta valor alguno a un libro que limita conscientemente sus exigencias en su afán por reducir el dolor entre los hombres.